



Jesús y los enfermos

A Jesús no le gustaba que la gente estuviera enferma. Así que cuando los enfermos venían a verlo, él los curaba. Sanó a los que estaban ciegos. Hizo caminar a los que no podían hacerlo. Devolvió la salud a personas que tenían terribles enfermedades y dolores.

Una vez un hombre vino a ver a Jesús y le dijo: “Mi pequeña hija está muy enferma, por favor, ayúdala.”

“Está bien”, dijo Jesús, pero mientras iban a la casa de este hombre, se encontraron con otros hombres que le dijeron: “Llegas tarde, Jesús, la niña ha muerto.”

“No, ella no ha muerto”, dijo Jesús, “sólo está dormida”. Cuando llegó a la casa de este hombre, fue hasta el cuarto de la niña. “¡Despiértate!”, dijo Jesús.

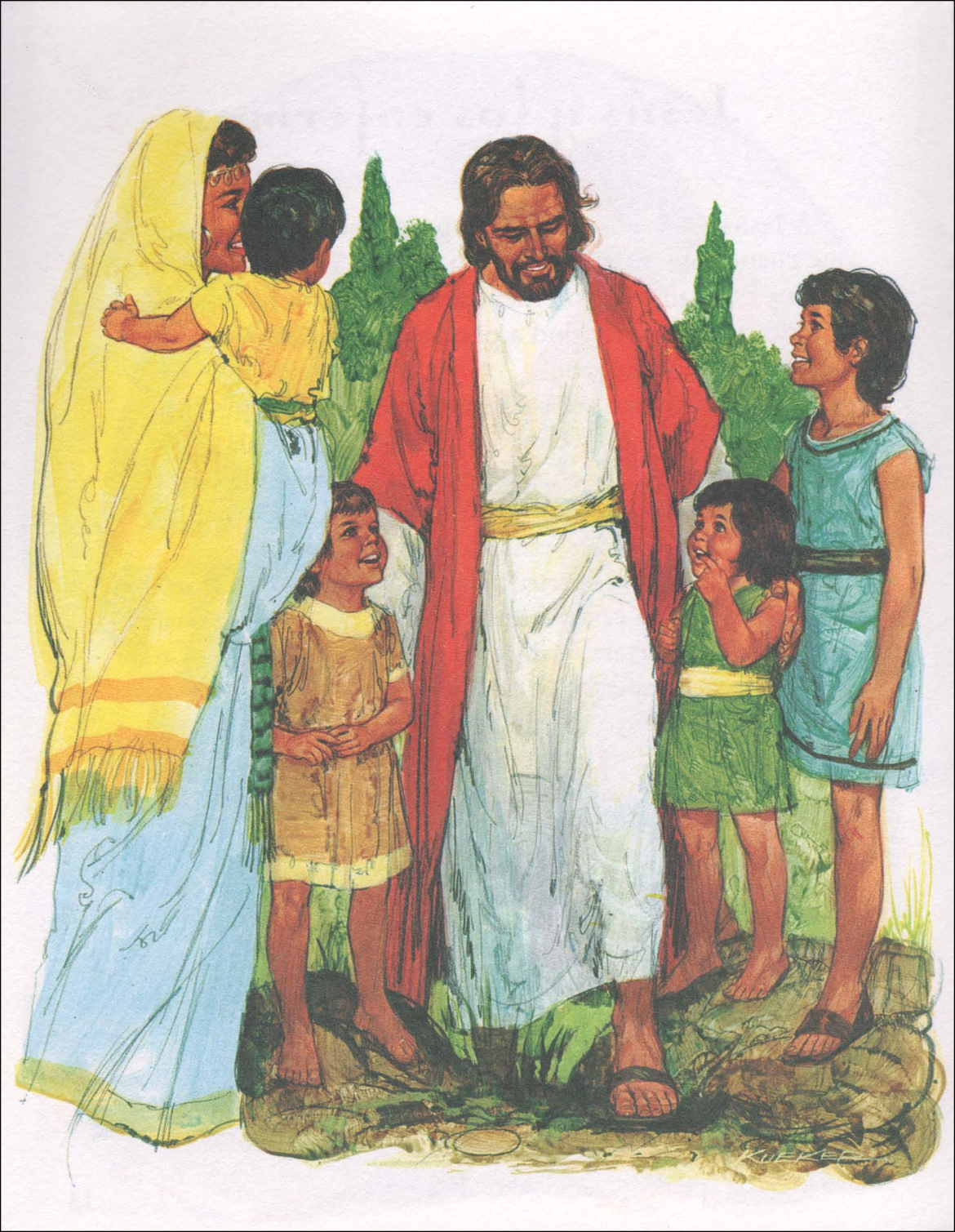
La niña se despertó, ¡y estaba bien!

Mucha gente oyó acerca de las maravillosas cosas que Jesús hacía. Por dondequiera Jesús andaba, la gente le traía más enfermos para que lo vieran a él. Jesús sanó a todos ellos también.

Bendeciré al Señor.

Él sana todas mis enfermedades

Salmo 103.2-3



Jesús y los niños

¿Has tenido alguna vez muchos deseos de ver algo, como por ejemplo un desfile, un espectáculo, o simplemente algo que sucedió en tu calle, y que no puedes ver porque hay mucha gente delante de ti? ¿No te sentiste triste y un poquito enojado porque eras tan pequeño?

Bueno, a los niños de la época bíblica algunas veces les pasaba lo mismo. Ellos deseaban ver a Jesús tanto como los mayores, pero los más grandes se ponían en su camino.

Un día, unas mamás llevaron sus niños através de la multitud a donde estaba Jesús.

“¡Paren ahí!” dijeron a las mamás algunos de los que ayudaban a Jesús. “No molesten a Jesús con estos niños.”

“No”, dijo Jesús, “no hagan eso. Yo quiero ver a los niños. Dios ama mucho a los niños.” Jesús entonces abrazó a los niños, habló y jugó con ellos.

Jesús dijo: Dejen que los niños vengan a mí

Mateo 19.14



Jesús y la tormenta

Un día Jesús y sus ayudantes subieron a un barco pequeño y se fueron al otro lado de un gran lago. Jesús había estado trabajando mucho, y estaba muy cansado, así que se durmió.

Mientras dormía, se levantó una gran tormenta. ¡BROOOOM! hacía el trueno. ¡CRAAAC! hacían los relámpagos. ¡UUUUH! hacía el viento. ¡SPLASH!, ¡SPLASH!, ¡SPLASH! hacían las olas contra el costado del barquito. Muy pronto las olas comenzaron a meterse dentro del barquito, y empezó a hundirse.

“¡Jesús! ¡Despierta!” gritaban sus ayudantes. Ellos estaban tan asustados que apenas se podían mover. “¡Jesús!” gritaban, “¡vamos a morir!”

Jesús se levantó. “¡Viento, quédate quieto”, ordenó. “¡Aguas, quédense quietas!” Y el viento y el agua se calmaron. Todo el lago estaba tan quieto como si nunca hubiera habido una tormenta.

“¡Que hombre maravilloso es este Jesús!”, dijeron todos sus ayudantes.

Nuestro Dios es un Dios que salva
Salmo 68.20



Jesús cuenta una historia

Una vez, un grupo de personas a quien nadie quería mucho, vino a escuchar lo que Jesús decía acerca del amor de Dios. Otras personas, que se creían muy especiales, se enojaron mucho.

“¿Por qué le hablas a esta gente que nadie quiere?” preguntaron a Jesús. En lugar de responderles, Jesús les contó una historia.

“Había una vez” dijo Jesús, “un pastor que tenía cien ovejas. Noventa y nueve de esas ovejas eran obedientes. Pero una de ellas siempre estaba metiéndose en problemas.

Un día, la pequeña oveja desobediente decidió dar un paseo. Ella sabía que el pastor tenía miedo de que un oso o un lobo pudiera comerse a una pequeña oveja caminando sola. Sin embargo, esta pequeña oveja lo hizo de todas maneras. Y, por supuesto, se perdió.

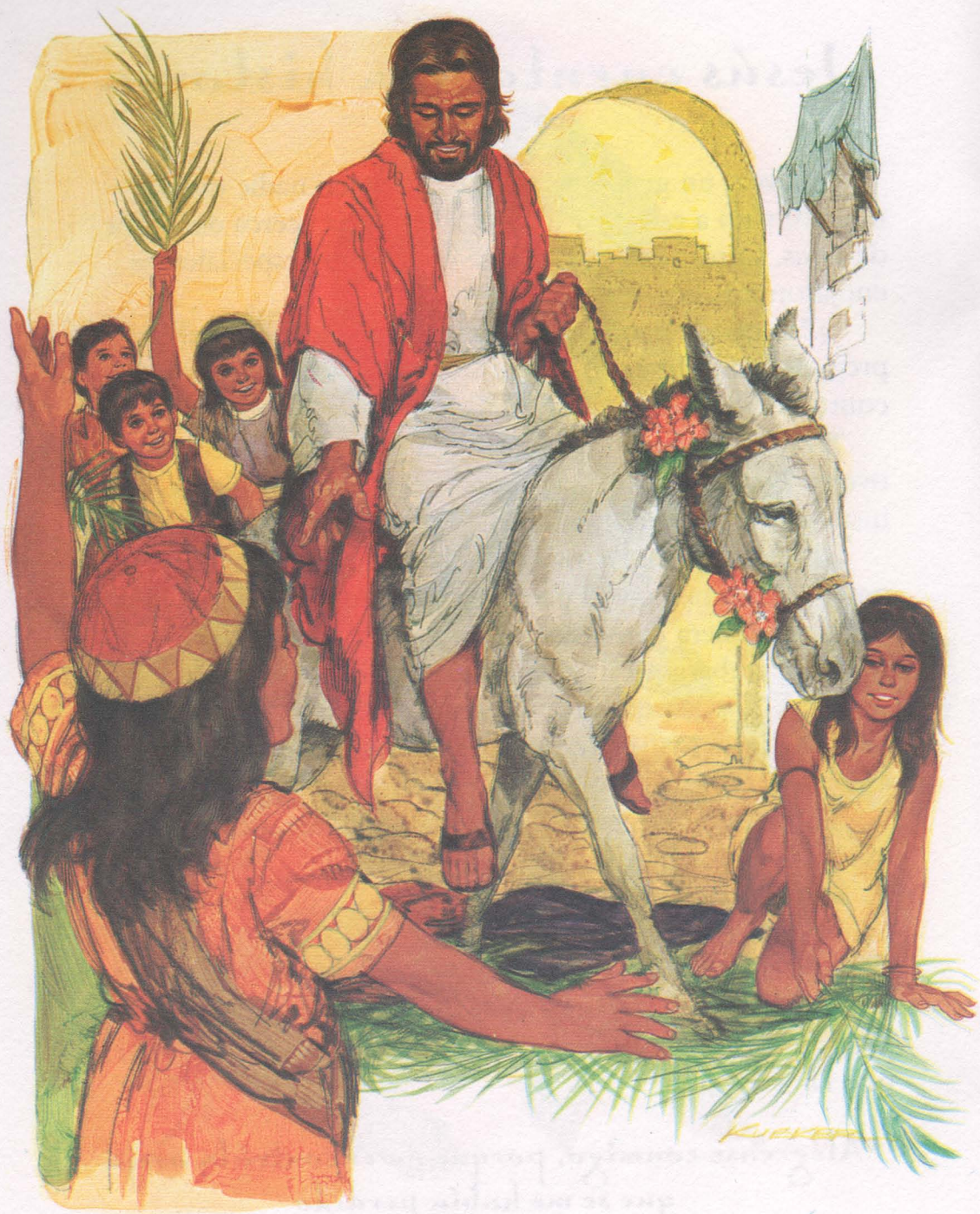
Cuando el pastor vio que su pequeña oveja se había escapado, comenzó a preocuparse.

“Ustedes quédense aquí”, les dijo a las otras ovejas, y salió a buscar a la que se había perdido.

Buscó y buscó hasta que finalmente la encontró y la llevó consigo devuelta a casa. Así fue que el pastor, la pequeña oveja, y las demás ovejas se sintieron muy felices.

“Estas personas, a quienes nadie quiere, son como la pequeña oveja desobediente”, dijo Jesús. “Necesitan saber que Dios las ama.”

*Alégrense conmigo, porque ya encontré la oveja
que se me había perdido*



KUEKER

Jesús va a Jerusalén

¡Pssst! “¿Ya viene?” “Creo que lo veo.” “No, todavía no.”

Gente, gente y más gente alineada a lo largo de la calle en Jerusalén. Muchas personas tenían ramas de palma que parecían brillantes banderines verdes. Los niños andaban a los saltos de aquí para allá como pelotas de goma. Todos estaban muy excitados. ¡Jesús venía a Jerusalén!

“¡Ahí viene!” gritó una pequeña niña, apuntando con su mano y saludando.

¡Ciertamente! Por la calle venía Jesús, montado sobre una pequeña mula. Sus ayudantes estaban con él.

“¡Hosana, Señor!” Gritaba la gente. “¡Gloria a Dios!”

Pero algunos hombres malhumorados gruñeron: “Haz callar a esta “gente”, Jesús.

“No”, dijo Jesús. Estoy feliz porque esta gente grita y me alaba. Mi Padre que está en el cielo también está feliz por eso. Él me ha enviado a ustedes, así ustedes pueden ser sus amigos siempre. “¡Éste es un día maravilloso!”

¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!